

afable generosidad del canónigo de Toledo con quien comieron Don Quijote, el cura y la demás comitiva al volver de Sierra Morena.

He citado estos ejemplares, y no el magnífico recibimiento que tuvo en el palacio de los duques, ó el que le hizo en Barcelona Don Antonio Moreno, porque en los primeros se vé una voluntad sencilla de acoger á un hombre forastero, y procurarle el alivio y descanso que no puede encontrar fácilmente el que está fuera de su patria ó domicilio, en lo cual consiste la verdadera hospitalidad; pero, en los duques y en Don Antonio, lo que mas se descubre es el deseo de divertirse con un loco y con un simple, graciosos ambos en su línea.

No le faltó á CERVANTES motivo para suponer de este carácter á los expresados señores. En aquellos tiempos era muy común la costumbre de mantener bufones, para su diversion, los príncipes y grandes, y se premiaba mucho mas la chocarrería de un juglar, ó el insulso chiste de un tuno que le hacia alguna burla, que los científicos descubrimientos de un sábio, y el laudable celo de quien promovía sus estudios. Don Quijote, discreto é instruido, era objeto de compasion para el prudente canónigo, que veía malogradas estas prendas por su loca caballería; y así, procuraba tomar por instrumento su discrecion para desengañarle de sus extravagancias; pero los duques y Don Antonio, como solo procuraban divertirse, fomentaban su manía, y hacían de modo que su misma discrecion y buen discurso le enredase mas en el lazo de su locura.

Á la verdad, es menester olvidarse de la caridad cristiana, y aun de la humanidad misma, para estimar mas la diversion frívola de oír ó ver cuatro dislates que la salud y la razon de un individuo de nuestra misma especie. Entre algunos pueblos de nuestra Europa se tienen y miran como un sagrado las casas de locos: nadie entra en ellas que no contribuya á la curacion ó alivio de aquellos miserables: costumbre digna de que se imitase en todas partes, cortando el inhumano abuso de que entren todos los que quieren á divertirse con hablarles de sus locuras, confirmándolos mas en ellas. Lo que mas debe admirar en nuestro asunto es que muchas gentes, que son naturalmente tiernas y compasivas, suelen, sin embargo, gustar de tan bárbaro recreo, lo cual procede sin duda de no considerar á los locos como enfermos, y creer que, porque rien, comen y nada les duele, no son acreedores á nuestra lástima: error que nace, como otros muchos, de las falsas ideas que se reciben en la crianza.

Esta es la principal fuente de la felicidad ó infelicidad de los hombres y de los estados. Así lo conocía CERVANTES, y así lo manifiesta en varios pasajes, pero con especialidad en el discreto razonamiento en que dice Don Quijote á Don Diego de Miranda: *Los hijos, señor, son pedazos de las entrañas de sus padres..... Á los padres toca el encaminarlos desde pequeños por los pasos de la virtud, de la buena crianza y de las buenas y cristianas costumbres, para que, cuando grandes, sean báculo de la vejez de sus padres, y gloria de su posteridad.*

Sabia tambien nuestro autor que la crianza que mas importa es la de la nobleza; y por eso, en el citado razonamiento, hace decir á Don Quijote: *No penseis que yo llamo vulgo solamente á la gente plebeya y humilde; que todo aquel que no sabe, aunque sea señor y príncipe, puede y debe entrar en número de vulgo.* Pero no ignoraba que, para la felicidad completa de un estado, es necesario que la buena crianza sea general, y que el pueblo se crie sin aquellas preocupaciones y resabios que le separan de las ocupaciones en que debe emplearse, ó le estorban los adelantamientos que pudiera lograr. Deseando CERVANTES abrir los ojos á sus compatriotas sobre un punto tan esencial, hizo un catálogo de los barrios ó sitios que habia en casi todas las ciudades de España para servir de acogida y aun de escuela de tunos y de vagos, en la enumeracion de los lugares de sus aventuras que hace el ventero que armó caballero á Don Quijote, y tambien en la pintura de los que mantearon á Sancho Panza.

De la falta de crianza se siguen, como hemos dicho, muchas preocupaciones. Los hombres mas racionales y valientes, si los han criado metiéndoles miedo, suelen sentir, en el primer encuentro que tienen con las cosas de que se servían en su niñez para amedrentarlos, un cierto movimiento de pavor que, para vencerle, es necesario recurrir al valor y á la reflexion. Esto se vé pintado muy al vivo en la entrada de la dueña Rodriguez en el cuarto de Don Quijote, cuando este la creyó bruja ó fantasma.

Otra preocupacion, que produce malas consecuencias, es el creer en agüeros: error muy antiguo, pero que está grandemente impugnado en el QUIJOTE. Sale este caballero de casa de los duques, y encuentra á unos hombres que llevaban varias efigies de Santos á caballo para un retablo. Las mira y las descifra; y, quedando despues solo con su escudero, le dice que, *el haber encontrado con aquellas imágenes, era para él felicísimo acontecimiento.*

De aquí toma pié CERVANTES para notar la inclinacion que tenia la nacion entonces á los agüeros, inclinacion tan ignorante como nociva. Hace que Don Quijote, aun siendo loco, se burle de estos necios agoreros, que mudan de camino si encuentran en él alguna cosa que les parezca infausta, ó se cubren de melancolía si se les derrama la sal: como si la naturaleza estuviera obligada á advertir las desgracias venideras con estas casualidades. La religion, y aun la razon sola, basta para abominar esta credulidad supersticiosa; y así, Scipion Africano y otros muchos héroes, con sola la luz de la razon, no solo han despreciado estos acontecimientos casuales y frívolos, sino que los han aplicado diestramente á sus intentos, haciendo servir á ellos la credulidad é ignorancia del vulgo. Aquí se vé que CERVANTES estaba libre de las preocupaciones de su siglo, y que supo conocerlas, publicarlas y reprenderlas con el tiento y circunspeccion que pedían aquellos tiempos; por lo cual merece mas gloria que algunos escritores de nuestro siglo, porque mucho antes, y sin tener igual libertad que ellos, corrigió los mismos abusos.

También lo era, y nacido de la misma causa, el creer sobrenaturales todos los acaecimientos que pasaban algo de la línea de los comunes, ya fuesen de aquellos fenómenos que, aunque naturales, necesitan para su producción una combinación de causas que concurren raras veces, ó ya fuesen efectos de la destreza del que los producía, ocultando el verdadero principio, con cuyo conocimiento hubieran parecido frialdades las cosas que suspendían como prodigios.

En la aventura del mono adivino se burla CERVANTES de esta ignorancia, cuando Don Quijote dice á Sancho que aquello no puede ser natural, sino por arte del diablo, por lo cual extrañaba que no le hubiesen delatado. Y con razón lo extrañaba, pues en aquellos tiempos bastaba, para delatar una cosa, el no entenderla, como lo hace ver también en la aventura de la cabeza encantada de Don Antonio Moreno, la cual fué preciso desbaratar, aun después de haber visto la friolera en que estribaba el prodigio, por que *el vulgo ignorante no se escandalizase*; pues era tanto el número de los necios preocupados, que, por más que hubiesen querido desengañarlos, siempre hubieran quedado muchos que, cerrando los ojos á la razón, la hubieran mirado como obra del demonio.

Pero es muy de notar el fundamento que tiene Don Quijote para decir que no pueden ser naturales las respuestas del mono, que es porque ni él ni su amo sabían alzar figura. De modo que, al mismo tiempo que miraban entonces como maravillosos y fuera del orden natural los sucesos más comunes, creían que había una ciencia que enseñaba á adivinar lo futuro considerando el aspecto de los astros, que esto era lo que llamaban *astrologia judiciaria*. Con ella se andaban por el mundo varios holgazanes alzando figuras, engañando á los simples, y sacándoles el dinero. El cuento que refiere Don Quijote, del que adivinó el color de los perritos que pariría una perra, es una graciosísima burla de estos embusteros, y de la ignorancia de los que les daban crédito.

Esta misma ignorancia y falta de educación producía, y aun actualmente produce entre los pueblos vecinos, disensiones, disputas y querellas. Muchas de ellas proceden de pretensiones particulares sobre términos ó derechos, y estas son inevitables; pero otras muchas no tienen más fundamento que el mal modo, hijo de la mala crianza. De aquí nace el ponerse apodos y nombres ridículos; y muchas veces, de tan despreciables principios se encienden discordias y enemistades que suelen costar mucha sangre.

Todo esto lo vemos en la aventura del rebuzno, en que se nos pintan dos pueblos armados, y en disposición de darse una batalla, por un suceso despreciable que, tomado en chanza, hubiera servido á unos y otros de materia de risa: las razones con que Don Quijote les manifiesta la necesidad de su furor, aunque están mezcladas con ideas caballerescas, son muy discretas y prudentes, y en ellas hace ver también cuán errados caminan los que hacen cargo ó censuran á todo un cuerpo de los delitos y desórdenes de alguno ó algunos de sus individuos.

Estos y otros defectos, que nacen de la falta de educación, intentó corregir CERVANTES; pero, en los más graves y perjudiciales, procuró que la reprensión fuese más fuerte, ó contrapuso los sujetos defectuosos á otros que no lo fuesen, para hacer amar la virtud y aborrecer el vicio.

Ya hemos hablado del religioso que reprendió públicamente á Don Quijote y al duque, estando á la mesa. Si examinamos lo que pretendía este eclesiástico, veremos que su fin no podía ser mejor: apartar á Don Quijote de la locura de ser caballero andante, reduciéndole á que se volviese á su casa, y persuadir al duque que, divertirse en seguir á un loco su manía, es ser más loco que él, fueron las dos cosas que intentó el buen eclesiástico. Pero lo quiso conseguir á fuerza de reprensiones y dictérios, y esto delante de la familia, con lo cual convirtió una pretensión justa en tema ridícula é importuna. Por el contrario, el canónigo de Toledo, con quien comió Don Quijote en el campo, vistió todas sus reconvenções y cargos con la urbanidad y cortesía propias de la buena crianza; y, aunque no logró curarle, porque no es fácil curar á un loco, á lo menos no le irritó como el religioso.

Siempre se han mirado como partes de la crianza el aseo, y las atenciones ó cumplimientos; y así, no olvidó CERVANTES recomendarlas en su fábula.

En cuanto al aseo, compostura y decencia de las acciones exteriores, son muy dignos de aprecio los consejos segundos que dió Don Quijote á Sancho antes que se partiese para el gobierno. Pero, para hacer conocer que estas reglas se han de aprender con la costumbre desde la infancia, y que, los que no se crían con ese cuidado, cuando quieren tenerle incurrén en afectaciones ridículas, hizo CERVANTES que, cuando Don Antonio trataba á Sancho de desaseado (merced al licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda), respondiese Don Quijote por él, diciendo *que, en el tiempo que fué gobernador, aprendió á comer á lo melindroso; tanto, que comía con tenedor las uvas, y aun los granos de las granadas*.

En cuanto á la urbanidad, no es necesario citar pasaje alguno, pues en toda la fábula está brillando siempre esta virtud, la cual es utilísima y aun necesaria para la sociedad y trato de unos con otros, cuando la regla y mide la prudencia; pero, cuando no está arreglada por esta, degenera en importunidad insufrible. Para corregir este molestísimo exceso de cumplimientos es muy oportuno el cuento que contó Sancho, en casa del duque, sobre sentarse á la cabecera de la mesa, en el cual reprende también la necesidad de los que miran como expresiones y ofertas verdaderas las que son de pura urbanidad y política.

El carácter de honradez y buena fe, que siempre ha sido propio de los españoles, es la verdadera causa de que en todos tiempos se hayan gloriado de exactos en cumplir, ya las promesas, ya los cargos que se han puesto á su cuidado. Por eso juzgaba Don Quijote que, todos los vencidos á quienes mandaba que se presentasen ante la sin par Dulcinea del Toboso, lo ejecutarían exactamente. Pero como todas